

3º D. ADVIENTO. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,6-8. 19-28.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

Los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran: —¿Tú quién eres?

El confesó sin reservas: —Yo no soy el Mesías.

Le preguntaron: —Entonces ¿qué? ¿Eres tú Elías?

Él dijo: —No lo soy.

—¿Eres tú el Profeta?

Respondió: —No.

Y le dijeron: —¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?

Él contestó: —Yo soy "la voz que grita en el desierto: Allana el camino del Señor" (como dijo el Profeta Isaías).

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron:

—Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías ni Elías, ni el Profeta?

Juan les respondió: —Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

ALEGRÍA, ORAR Y AGRADECER

«La invitación a la alegría es un rasgo del tiempo de Adviento». La Navidad, la espera del nacimiento de Jesús, es una espera alegre. La alegría de Jesús es una alegría que **«emerge»** de vivir tal como lo explica el apóstol Pablo hoy en su carta a los tesalonicenses: **«Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión. Esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros».**

La primera cuestión es la **«alegría»**. Y surge la pregunta, ¿de dónde surge esta alegría? Pues simplemente de saber **«que el Señor está cerca»**. Cuanto más cerca de nosotros está el Señor, más estamos en la alegría y cuanto más lejos está, más estamos en la tristeza. **«Esta es una regla infalible para el cristiano».**

Las angustias, las dificultades y los sufrimientos se entrecruzan en nuestras vidas, todos nosotros los conocemos. Y no pocas veces, **«la realidad que nos rodea parece ser inhóspita y árida»**, parecida a la del desierto en el que resonaba la voz de Juan Bautista, como recuerda el Evangelio de hoy.

Pero precisamente las palabras del Bautista revelan que **«nuestra alegría se sostiene sobre una certeza»**, sobre la certeza de que este desierto está habitado. **«En medio de vosotros está uno a quien no conocéis»**, nos dice. Se trata de Jesús, el enviado del Padre que viene, **«a anunciar la buena noticia a los pobres, a curar los corazones desgarrados, a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad para proclamar un año de gracia del Señor»**, tal como lo señala el profeta Isaías en la primera lectura.

Son estas, por otra parte, las palabras que Jesús hará suyas en el discurso de la **«sinagoga de Nazaret»** en el inicio de su predicación, para dejar claro que su misión en el mundo consiste en la **«liberación del pecado y de las esclavitudes personales y sociales que ello produce»**. Jesús vino a la tierra para devolver a los hombres la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, algo que **«solo Dios puede otorgar»** y, en consecuencia, **«proporcionar así la alegría»**

La alegría que caracteriza la espera del Mesías se basa en «la oración perseverante». Esta es la segunda cuestión que cita San Pablo: «Orad constantemente». Por medio de la oración podemos «entrar en una relación estable con Dios», que es la fuente de la verdadera alegría.

La alegría del cristiano no se compra, no se puede comprar, «viene de la fe y del encuentro con Jesucristo», la razón de nuestra «felicidad». Y cuanto más enraizados estemos en Cristo, cuanto más cercanos a Jesús, «más encontraremos la serenidad interior», incluso en medio de las contradicciones cotidianas.

Por eso el cristiano que ha encontrado a Jesús no puede ser un profeta de desventura, sino un «testigo y un mensajero de la alegría». Una alegría «para compartir con los demás», una alegría contagiosa que hace «menos fatigoso el camino de la vida».

No se puede concebir una Iglesia sin Alegría.

Esta es la Alegría de la Iglesia:
Anunciar a todos el nombre de Jesús.

Papa Francisco

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO
DOMINGO DE GAUDETE
O DE LA ALEGRÍA

TU vida Cambia radicalmente, CUANDO LA gratitud es más grande que La queja.

La tercera cuestión que apunta San Pablo es el «continuo agradecimiento», es decir, «un amor agradecido con Dios». Él es muy generoso con nosotros, nos lo da todo, la vida, la familia...todo su amor para nuestro bien. Y a nosotros nos corresponde «reconocer y agradecer siempre sus innumerables gracias», los milagros de cada día, su amor misericordioso, su paciencia y bondad, viviendo así en un incesante agradecimiento.

Podríamos resumir la alegría cristiana como un descentrarse de uno mismo para «poner en el centro a Jesús». Porque Jesús es efectivamente el centro, es «la luz que da pleno sentido a la vida de cada persona». Es una dinámica como la del amor que me lleva a «salir de mí mismo», no para perderme, sino «para reencontrarme mientras me dono, mientras busco el bien del otro». ¡Que así sea!